

**UNA OLVIDADA POETISA NICARAGÜENSE  
A SESENTA AÑOS DE SU MUERTE:  
ROSA UMAÑA ESPINOZA**

*Franco Cerutti*

La contribución de la mujer nicaragüense a la vida artística y cultural del vecino país ha constituido, y ahora mismo constituye, una incontrovertible realidad que, desde casi un siglo, se viene manifestando con harta evidencia y sin solución de continuidad.

Pese al hecho de que nebulosos criterios estéticos –nebulosos por cuanto descansan en enfoques y filosofías que rechazan el principio de la apoliticidad del arte– pese al hecho, decíamos, de que nebulosos criterios estéticos atribuyen categoría y dignidad literaria casi exclusivamente a la producción poética femenina de las últimas generaciones, directamente vinculadas con las experiencias revolucionarias, la presencia de la mujer en la literatura y específicamente en la poesía nicaragüense ha sido constante desde los últimos años del siglo XIX hasta nuestros días.

Una escrupulosa antóloga del género –que es, a su vez, poetisa y de las representativas de su época, María Teresa Sánchez– ha rescatado y reunido, en diferentes publicaciones, a más de un centenar de escritoras que han dejado testimonio, con sus poemas, de honda inquietud artística; bastaría mencionar aquí los nombres de Aura Rostand, hermana del gran Salomón de la Selva, Yolanda Caligaris, Cándida Rosa Matus, Edith Telica, Arnie Valladares Sáenz, Alicia Prado Sacasa, Amanda Aragón y, posteriormente, de

Mariana Sanson de Argüello, Socorro Tapia, María Teresa Sánchez, Marina Castellón de Salazar, para llegar, luego, a los de Rosario Murillo, Ana Ilce Gómez, Daisy Zamora, Michel Nájlis, Vidaluz Meneses, Carla Rodríguez, Ligia Guillén, Gioconda Belli que representan, actualmente, la continuidad del género.

Lo mismo podríamos decir acerca de la participación de la mujer en la vida cultural entendida en su más ancho sentido: tanto que se trate de la contribución de educadoras, ensayistas, novelistas como lo fueron y son Josefa Toledo de Aguerri, María Teresa Sánchez, Rosario Aguilar, como de escultoras y pintoras, de Edith Gron a Asilia Guillén, Adela Vargas de Ycaza, Rosalpina Espinoza de Bernheim, Olga Madariaga y tantas otras que sería largo enumerar.

El objeto de la presente ponencia no es, sin embargo, abarcar esta pluralidad de voces y personalidades, sino, más modestamente, rescatar del olvido a que ha sido injustamente condenada desde hace más de medio siglo, la poetisa nicaragüense Rosa Umaña Espinoza, de cuyo fallecimiento cúmplase este año el sexagésimo aniversario. En el marco de actividades académicas e investigativas dedicadas a la mujer y al papel por ella desempeñado en la literatura y la vida cultural hispanoamericanas, la valoración de esta casi ignorada poetisa de antaño adquiere un sentido particular por cuanto su obra y su figura, enfocadas de cerca, revelan unas dimensiones que, si bien no descuellan por la intrínseca validez de los contenidos, se imponen decididamente por lo peculiar de algunos de sus rasgos.

Rosa Umaña Espinoza, nació, de humilde cuna, en Villanueva, Departamento de Chinandega, Nicaragua, el año de 1872, siendo sus padres don José María Umaña, oriundo leonés, y doña Gil Espinoza de Villanueva.

Nada sabemos de su primera infancia que compartió con un único hermano, de quien más tarde hu-

bo de separarse, sin que éste, en las difíciles circunstancias de la vida de ella, le brindara el menor consuelo y apoyo: sin recursos para su vida, ni medios para su subsistencia, en vano buscó amparo en sus parientes y “nunca vio tenderse una mano amiga”. Cabe observar que en uno de sus poemas, la autora se refiere a ese hermano perdido (“Crecí tan sólo con un hermano/ que nunca, nunca/ me tuvo amor”), sin que podamos aseverar a punto firme si, en realidad, él se murió tempranamente o si la alusión tan sólo tenga sentido y valor simbólicos. Sin embargo, por la lectura de otro poema, es dable suponer que ese hermano muriera en edad juvenil.

Sin principios de ningún género con que desarrollar su inteligencia, Rosa Umaña buscó en la lectura el desahogo de su inclinación a los versos y a la prosa. A los diez años pierde a su madre, a quien dedicará —más tarde— una sentida composición, y a los catorce, también el padre, quedando totalmente desamparada, pues ninguno de los miembros de la familia, que sin embargo no carece de uno que otro recurso económico, quiere hacerse cargo de ella. Acerca de la figura del padre, hay una alusión, no totalmente clara, en el poema **En el Cementerio**: “Mi padre fue un proscrito a quien hogar tirano/ Mandóle duramente camino al Hospital”.

Empieza, entonces, el calvario de su vida cotidiana; calvario que tan peculiarmente influirá su cosmovisión y, por ende, su producción poética. Apunta un biógrafo: “El hambre y la desnudez visitaron sin tardanza su cuarto escueto y vacío en donde sólo le acompañaba el silencio (. . .). Su vida fue una desesperada en que se enlazaron los sufrimientos más terribles con las decepciones que opocan el ánimo y lo empobrecen para el desarrollo de las ideas: pero la precocidad de su inteligencia y su abnegada inclinación a la poesía, la pusieron en el camino que buscaba desde los primeros años: escribir y escribir. . .”

Se van lentamente perfilando, en estos años, las

que serán luego características típicas de su existencia: por un lado, su entrega siempre más apasionada al arte y a sus sufridos ideales (entrega que acarrea burla, envidia y menosprecio por parte de muchos que no la entienden y la malquieren); por otro, el resentimiento, podríamos decir el rencor, que va paulatinamente aumentando en ella, con motivo de la maldad, la saña, la hipocresía que la circunda y acosa.

A menudo cree la poetisa haber encontrado en algún apuesto joven al compañero que puede comprenderla y amarla con aquella dedicación —quizás algo neurótica y seguramente posesiva en exceso— que es propia de ella. Pero la ilusión del momento se revela por lo que es: una ilusión. Sus compañeros la traicionan, la abandonan, hasta la deshonran haciendo alarde de los favores recibidos y pasan a nuevas aventuras. En un ambiente provinciano, mejor dicho aldeano, como es el de la Managua de entonces —no digamos ya Chinandega o Matagalpa— Rosa Umaña se vuelve pronto el blanco de todas las murmuraciones y todas las maldicciones.

La vida amorosa de la poetisa fue bastante complicada y, si bien es cierto que su obra, bajo ciertos aspectos, puede conceptuarse como un diario sentimental de indiscutible evidencia, también lo es que, por la obscuridad de las alusiones y lo incierto de la cronología, no es fácil reconstruir satisfactoriamente las varias etapas de aquel itinerario.

Cedemos ahora la palabra a quien fue amigo y estimador suyo. Cuéntanos don José María Gutiérrez: “La conocí en Managua por el año de 1901, en un cuarto de Bruno Niño, cuarto que era a modo de colmena de un grupo de empleados en los diversos ramos de la administración pública. Escritores, médicos, poetas, abogados, telegrafistas, telefonistas, laboristas, contadores del Supremo Tribunal de Cuentas y hasta Subsecretarios de Estado éramos los asiduos concurrentes a la diaria tertulia. Llegábamos con el único fin de charlar y el librar “una cañita” y dicho se está que reinaban la guasa y el buen humor. Ahí la conocí.

Representaba unos treinta años. De mediana estatura, cabeza pequeña, nariz delgada, frentecita cuadrada y bien formada, como de paloma torcaz, pelo negro y liso, labios rosados, los ojos negros: por ellos se le asomaba su alma apasionada y varonil, una mirada nerviosa y centelleante. La voz un tanto delicada, pero si la sacudía un estremecimiento pasional, se atropellaba en borbotones cáusticos y pesimistas. Pobre de carne, rica de espíritu impulsivo. El color trigueño lavado le daba aspecto de una rajita de canela. Trabajaba en el modesto oficio de costurera a domicilio y su vestido limpio y a la moda, enfundando un conjunto agradable, la hacía del todo simpática y atrayente. Llegaba aparentemente a echar párrafos literarios, pero en realidad atraída por el arrendatario principal de la vivienda, un joven alto y garboso, dicharachero y echador de ellos, moreno y de negro y poblado bigote”.

En 1924, Rosa Umaña Espinoza dejó de padecer. Sola, abandonada, “en brazos de la miseria y el dolor”, como escribiría Mariano Barreto, se apagó en una cama del Hospital Municipal de León y en sus honras fúnebres la despidió otro poeta bohemio, Lino Argüello, con una elegía que fue como un lamento.

Por lo que atañe a la poesía de Rosa Umaña, cabe añadir pocas palabras. Los motivos recurrentes de su inspiración son cuatro o cinco, a saber: su infelicidad existencial y sobre todo sentimental, el tema de la sincera y la mentida amistad, la ruin maldad que la persigue, los celos que la atormentan. En principio, su poesía es amorosa aunque no falten otros motivos, entre los que sólo ocasionalmente pueden mencionarse los patrióticos y políticos.

Ampliando un poco el discurso, cabe decir que inclusive ciertos párrafos que por una primera lectura podrían revelar matices sociales (sobre todo en algunos de los escritos en prosa, acerca de la educación de la mujer, la emancipación femenina, la mísera condición de la mujer prostituida, etc.) son más bien de conceptuar, tras un atento análisis, como de pura polémica humana. Es cierto que ella se enfrentó valerosamente con los problemas de su condición y supo resolverlos dignitosamente, mas fácil es de comprobar

que no existen huellas, en sus escritos, de un pensamiento organizado: las injusticias de que se queja y contra las cuales lucha, son las mismas que agobian al ser humano en general, no al individuo perteneciente a esta o a aquella clase social. Es más, sus versos siempre son el reflejo y el comentario de una situación *personal*, y valen por cuanto expresan los sufrimientos reales de la autora, nunca unos supuestos anhelos reformísticos.

Su auténtica originalidad, como poetisa y como mujer, hay que buscarla en su actitud rebelde y anti-conformista con la que anticipa posturas que serán moneda corriente décadas más tarde y en otros países. Campeona de las reivindicaciones sentimentales de la mujer (cuidado: no vamos a confundirla con las modernas luchadoras por los derechos sociales y laborales o por la legalización del aborto), Rosa Umaña tiene el valor de pregonar en voz alta su derecho —y el de la mujer en general— a amar libremente, fuera de fórmulas ambiguas e hipócritas, pero consagradas por las normas sociales de su tiempo y de su medio. Lo que las demás sienten, piensan, muchas veces hacen a escondidas, ella lo proclama sin ambigüedades, lo expresa apasionadamente, lo defiende. En una época en que los hombres cantan los ojos negros, los cabellos rizados, los hombros ebúrneos, las finas muñecas, los delicados cuellos, los tobillos agraciados de las mujeres por quienes suspiran, en una línea que, bien o mal, desarróllase desde el "dolce stil novo" y la lírica de los trovadores según los cánones del *amor courtois*, Rosa Umaña es la primera mujer, por lo menos en Nicaragua y creemos en Centro América, quien le da vuelta a lo codificado y canta los ojos negros, el pelo luciente, las miradas ardorosas y la gallardía física del hombre a quien ama.

Es la primera mujer que confiesa que está muriéndose de amor por un hombre, que no puede soportar su lejanía, su indiferencia, su traición. Los roles están invertidos: ya no es el hombre quien gime, suspira, se queja y desespera; ya no es la mujer el objeto de ese culto erótico y no es el hombre el oficiante: ya no es la mujer la santa a la que hay que rogar en el retablo del amor profano, del deseo, de la pasión. No hace falta mucha fantasía para comprender

lo que ello significa en los pequeños círculos aldeanos de la Nicaragua de fin de siglo XIX y comienzos del XX.

Pero hay una patética contradicción en su personalidad que no debe escapárseles. Por mucho que vaya luchando por la emancipación propia y de la mujer en general; por mucho que se construya a diario las condiciones de una existencia material independiente, trabajando como y quizás más que un hombre; por mucho que se constituya en paladina de las humilladas y las defendidas, es ella misma una criatura débil y menesterosa de calor humano, de ayuda, de amor.

Necesita amar, necesita entregarse, necesita sentirse la mujer enamorada que reconoce su razón de ser, además que en el arte, en su dedicación a un hombre, y quizás a un hijo, a una familia. Por eso es tan vulnerable, por eso está siempre dispuesta a abrir las ventanas de su ser a la ilusión; por eso resulta tantas veces herida.

Se la comparó con Lola Montenegro, y hasta se le reconocieron méritos negados a aquella: “. . . como Lola Montenegro, Rosita Umaña Espinoza es una alondra tropical que va esparciendo por estos bosques centroamericanos, los trinos y gorjeos de su garganta de cristal: y sobre la doliente poetisa guatemalteca la ventaja tiene de una mayor libertad y amplitud de vuelos ya que ensaya y sostiene diversidad de metros y se sale, con holgura, del eterno y gastado cuarteto de Lola, exornado de los más o menos espontáneos monosílabos de exclamación, los empalagados ‘ ¡ah!’ esproncedianos.”

De haber nacido ochenta años más tarde; de no haber vivido en el medio que le tocó; de haber podido dedicarse sin amargura y dificultades a su medular vocación, Rosa Umaña habría resultado, si no una gran poetisa, por lo menos de una categoría superior, y con mucho, a la que alcanzó. A los pocos críticos que se detuvieron en su obra, no se les escapó esta posibilidad “dinámica” de un espíritu malogrado por las mezquindades del tiempo.



La poesía de Rosa Umaña, en la medida por lo menos en que hemos podido rescatarla, nos lo confirma cuando la situamos en el marco general de la producción de aquel entonces, al mismo tiempo que se nos ofrece como el guión indispensable para penetrar en los secretos de su alma.

A los sesenta años de desaparecida, creemos que volver a fijarse en su obra no es solamente una actitud de caridad, sino un acierto crítico.

Damos, a continuación, unos cuantos datos bibliográficos que podrán facilitar más detallados análisis a quien se interese por la autora.

#### **Bibliografía activa de Rosa Umaña.**

RECUERDOS Y ESPERANZAS (Prosa y verso). Managua: Tip. Moderna, 1906, pp. 78.

AYES DEL ALMA. León: Tipografías Justo Hernández, 1909, pp. 40 —(Observamos que esta fecha es, evidentemente, equivocada, porque en el libro se publican composiciones posteriores. Debe tratarse de una errata que, probablemente, habrá de corregir en 1913).

LUZ DEL OCASO. León: Tip. Justo Hernández 1906, pp. 60.

Muchos poemas de la Autora se han publicado aparte en revistas literarias, sobre todo en León, en los primeros veinte años del siglo.

#### **Bibliografía pasiva de Rosa Umaña.**

Poco se ha escrito sobre la autora y pocos la conocen. En nuestras investigaciones, tan sólo hemos encontrado los siguientes trabajos acerca de ella: GABRIEL VEGA, Cuatro palabras, en "Recuerdos y esperanzas" (pp. VII-X); SIMON BARRETO, Prólogo de AYES DEL ALMA (pp. 3-6); varios escritos de Francisco Zamora, Pedro Montecinos, Anselmo Fletes Bolaños, C.A. Romero, J.M. Gutiérrez, todos en "Luz del ocaso".

Además: Halftermeyer en: Boletín de la Biblioteca Centroamericana, No. 12, (1962); Juan de Dios Venegas, "Una poetisa" en LA PATRIA, X, Nos. 20-21 (1921) Año XXVII, p. 217. Hubo una polémica entre Anselmo Fletes Bolaños y "Caballero pálido" (no sabemos quién se ocultará detrás de ese seudónimo) con motivo de un artículo del primero sobre las poetisas nicaragüenses (Cfr. LOS DOMINGOS, No. 174) en el cual se conceptuaba como poéticamente superior a Umaña Espinoza a la poetisa, leonesa también, Aura Rostand (María de la Selva, hermana de Salomón).